

## ¿Cuál fue nuestro último debate intelectual?

Gregorio Morán

La diferencia entre un debate intelectual y un duelo, no necesariamente dialéctico, se reduce a una cuestión de resultados. En definitiva, se limita a cerciorarnos de cómo termina. Si una vez acabada la confrontación lo que queda sobre el terreno es un muerto o un herido o un apestado o un par de energúmenos esperando la próxima pelea, entonces es que se ha tratado de un duelo.

En la tradición intelectual española hay una larga experiencia de duelos. La escolástica instituyó incluso fórmulas en cuya base no estaba otra cosa que la lucha con palabras y en la que era menester manejar la lengua como cuchillo desalmado. Hay que decirlo, las tradiciones religiosas son las más persistentes de nuestra historia. De ahí el valor excepcional de lo laico. Y lo son hasta tal punto que el máximo estudioso hasta la fecha de las ambiciones heterodoxas y laicas hispanas hubo de ser un correoso dogmático, Menéndez Pelayo.

Duelos ha habido muchos en nuestra historia intelectual. Algunos no por olvidados menos presentes en el hondón de nuestros modos y costumbres culturales. Encanallada fue la denuncia que un periodista asilvestrado como Luis Bonafoux hizo de Leopoldo Alas “Clarín”, quien por cierto no debía ser tan monja de la caridad como parece al leer a sus exégetas. Ni falta que le hacía por más que Unamuno deslizara contra él algunas calificaciones de grueso calibre.

Duelos famosos húbolos y recientes. Ahora se han cumplido los cincuenta años de la iniciación del que enfrentó a Américo Castro y Sánchez Albornoz. Interesante enfrentamiento con pesada espada medieval, nada de floretes ni goyerías, a mazazos de hierros mellados. Sobre el ser de España en su historia. Ahí es nada, y tratando de supuestas raíces de conquistas y reconquistas. En el fondo ambos dirimían una cuestión de honor sobre la cristiandad, el judaísmo, la morería. Hidalgos de bien empeñados en acabar con el adversario; Américo con el desdén, Albornoz con el descrédito.

Es fascinante, y aún nadie se ha propuesto ni siquiera describirlo con cierta brillantez y exactitud. Un duelo de titanes medievalistas, amén de exiliados republicanos, es decir, liberales, sobre la España eterna, o supuestamente eterna. Me temo que intelectualmente el combate visto con ojos de hoy

no aporte casi nada a nuestra visión del pasado, no digamos ya del presente, pero como puesta en escena es magnífica.

Casi al tiempo hay otro duelo en la España aún con pretensiones imperiales del general Franco. En 1949 Rafael Calvo Serer y Pedro Laín Entralgo se enzarzan en forzado rifirrafe sobre la España con o sin problema. Visto también con ojos de hoy la aportación intelectual resulta escasa, y lo es porque una de las características más curiosas del duelo intelectual, es que hay dos personalidades y dos posiciones, pero lo que se juega en el duelo no es lo que se dice sino algo que no se dice, aquello que está implícito entre los duelistas y sus conmlitones.

Los duelos dialécticos, en el fondo, son un juego maléfico sobre algo que no se atreven a enunciar pero que queda implícito en la pelea. Lo conocen los duelistas y sus partidarios, pero el resto del personal está al margen. En 1949, por referirnos a este ejemplo, no se discutía sobre la España con o sin problema, sino sobre las vías de continuidad que tenía el régimen de Franco y sobre quién ejercería la hegemonía intelectual y política.

Ésta es la diferencia capital entre un duelo y un debate. En un debate se discute de lo que se discute, y las malas artes y las marrullerías, si las hay, se refieren a la cosa y no a la metacosa. El debate intelectual se abre y se cierra en aquello de lo que se discute. Quizá por eso en España ha habido muchos mas duelos que debates.

Puestos a contabilizar los que me vienen mas fácilmente a la memoria recordaría uno memorable, al que el tiempo ha ajado de tal manera que apenas tocado se deshace, de tan carcomido como parece. Se tituló de manera harto coqueta como “la cuestión palpitante” y se refirió al naturalismo en la literatura española de finales del XIX. Fue un debate precioso, si bien la altura intelectual mostrará en general un vuelo gallináceo, pero participaron todos, desde la Pardo Bazán, a Clarín, a Valera y por supuesto los conservadores apostólicos.

Se discutía de lo que se discutía. Lo mismo ocurrió con el debate Unamuno -Ortega sobre el europeismo y la modernización. Hay quien ha querido ver en el posterior distanciamiento y animosidad entre ambos, los ecos de aquel debate. No sé si es ignorancia o malevolencia, porque con ello se trata de esquivar la autentica envergadura de la ruptura entre ambos. Nada se quebró entonces, la quiebra vino luego, durante la dictadura de Primo de Rivera, y no es ocasión de relatarla ahora.

¿Cuál es mi pretensión después de escribir *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*? Abrir un debate. Pero no sobre si la España de los años cuarenta y cincuenta era un erial o no lo era, cuestión en la que cuentan mucho las experiencias personales. Para quien ha vivido aquella época como protagonista o aspirante es difícil, por no decir imposible, entender que su papel cultural o político, visto en perspectiva de hoy, fue tan

humilde como planta de desierto. No hay ambición intelectual sin pretensión de protagonismo. Eso es algo que en la cultura europea está desde la invención del intelectual ilustrado y que nosotros incluso podemos adelantarlo a un ejemplar tan curioso y complejo como el de Quevedo.

Las valoraciones de conjunto sobre el pasado son siempre de perspectiva y están basadas en un análisis de lo dominante, eso que los gramscianos llamarían lo hegemónico, y lo hegemónico de los años cuarenta y cincuenta es, visto con ojos de hoy, un erial. Lo que no era hegemónico puede que ahora sea importante, muy importante para nosotros, porque sobre esos mimbres del erial se pudo ir a trancas y barrancas reedificando una cultura que serviría luego para la democracia.

Pero eso sigue siendo terreno para el duelo. El del debate es otro de mayor fuste. A veces cabe entender que los intentos de descabello al autor de *El maestro en el erial* esconden intenciones demasiado deudoras de pasados tenebrosos. Desde hace siglos la cultura europea, a diferencia de la española, no hacía afirmaciones del tipo “ni lo he leído ni pienso hacerlo”, o gracias para parroquianos a las que eran tan dados los columnistas del viejo régimen, “cacería filosófica con escopeta de feria”, o atribuirle frases que nunca escribió, etc. Ésa es parte de la herencia de aquellos que no les dolían prendas al afirmar que Ortega y Gasset hacía metáforas con una prosa en ocasiones brillante, que se le veían las costuras de su falta de formación sobre “la filosofía perenne”, que era un periodista con pretensiones de filósofo.

El debate es otra cosa. El debate es cuestionarse sobre en qué medida nuestra universidad, la universidad de nuestros hijos, es heredera del pasado que se inició en ese período que cabe calificar de “agujero negro”, el que va de 1945 a 1956. Y si lo es, no se trata de llamar a rebato ni convocar los estados generales ni la revolución cultural sino sencillamente hacerse cargo de ello y tomarlo en su justa medida, sin engañarnos.

El debate está en preguntarnos si es posible reanudar la discusión que se atascó en los primeros años de nuestra transición democrática sobre el denominado nacionalcatolicismo. Su alcance y sus limitaciones intelectuales y temporales.

El debate está en ser conscientes de lo que significa que conceptos capitales en nuestra cultura, como son las denominadas generaciones del noventa y ocho y del veintisiete, surgieron en un momento muy determinado y con unas finalidades muy concretas, y que un proceso de normalización de nuestra vida intelectual obligaría a revisar.

El debate, en fin, está en valorar un hecho trascendental, y es la razón o razones que conformaron el fenómeno no sé si más importante, pero al menos el más condicionante y perdurable en nuestra historia del siglo XX: los cuarenta años de franquismo. ¿O es que debemos seguir ateniéndonos a la versión oficial de la izquierda más dogmática, según la cual, cultura y franquismo

eran términos antitéticos? Hubo una cultura del franquismo que fue hegemónica hasta los años sesenta.

La pretensión de ir achicando el franquismo hasta convertirlo en un quiste, una excrecencia maligna, puede ser una pretensión cargada de buenas intenciones. Pero el asunto es otro y tiene incluso un guiño divertido. Al final, esa intelectualidad deudora y protagonista de los años cuarenta y cincuenta parece como si hubiera asimilado la vieja teoría de la izquierda clásica, y admitiera que fue verdad, que el franquismo duró lo que duró por el apoyo externo.

No es necesario sacar ningún fantasma del armario. Basta con reconocer que tenemos fantasmas en el armario.

Así terminaba el artículo, reproducido íntegramente, que envié al diario *El País*, después de leer perplejo varios artículos dedicados a *El Maestro en el erial*. No se publicó y muchos meses después recibí la notificación de su director, en la que precisaba las razones de su rechazo: “tras revisar todo cuanto ha publicado *El País* en torno a tu libro creo que hay un punto razonable de equilibrio”.

El libro de marras había logrado una hazaña digna de ser denominada contubernio, al viejo estilo, puesto que por primera vez en nuestra modesta vida intelectual dos diarios enfrentados históricamente como *El País* y *ABC* unían sus artillerías para destrozarse literalmente al intruso que había cruzado las líneas del coto cerrado. Incluso, hecho sin precedentes, *El País* utilizaba a una pluma habitual de su adversario *ABC*, la del catedrático de Salamanca Molinuevo, para despacharse a mazazos contra el autor de *El maestro en el erial* en uno de los textos más desvergonzados que he leído nunca. En él se me atribuía desde calificar a Ortega de “chulillo madrileño”, hasta regodearme sobre su vida sexual y demás lindezas, incluida una final, impagable, en la que determinaba que el libro “beneficia a la vieja derecha antidemocrática, que se reúne en el totalitarismo con su extremo actual, el confortable terrorismo (sic) intelectual nihilista”. Es seguro que la ansiedad provocó la errata y debía decir “terrorismo”, pero reconozco que el párrafo ofrece una muestra de lo que alcanza la nueva generación académica. “Terrorismo intelectual nihilista” es una expresión que no hace falta el rigor de Wittgenstein para considerarla una ofensa a la razón y a la lógica, y una formulación que no debe nada a Ortega y mucho a Leopoldo Eulogio Palacios, Muñoz Alonso y Jesús Fuego, maestros de generaciones de posguerra.

No obstante lo que me dejaba más perplejo era el caso de otro profesor, Ricardo Senabre, quien en *ABC* (18 de mayo de 1998) había escrito un párrafo que en cualquier otro lugar le hubiera descalificado de por vida: “Afirma [Morán en su libro] que Ortega no hará su primer viaje a Italia hasta poco antes de su muerte [...] cuando lo cierto es que ya en 1911 habla el escritor de

un viaje suyo a Italia. Sólo hay que leer el volumen primero de sus *Obras Completas* [...]”.

Tratándose de un presunto estudioso de Ortega, sobre quien publicó un texto dedicado a “las metáforas marinas”, pensé en la catástrofe de un error garrafal. En el volumen primero de las *Obras Completas* de Ortega no aparece nada que haga suponer un viaje de Ortega a Italia, salvo una evocación de aquel viaje de Sigmund Freud de donde nacerá su *Psicopatología de la vida cotidiana*.

¿Qué hacer? ¿Esperar que algún erudito mandara la carta de rigor? ¿Escribir una misiva al director? Todos aquellos a quienes consulté se sorprendieron mucho, porque todo el mundo daba por cierto que lo escrito por el tal Senabre era verdad. ¡Cómo alguien iba a hacer una afirmación así de rotunda de no ser cierta! No pasa nada, el profesor Senabre seguirá dando clases y haciendo críticas y apelando al rigor académico que ha caracterizado a la universidad española desde la victoria de 1939 hasta hoy mismo.

Confieso que el tema del rigor intelectual, sea académico sea *rigor mortis*, es una de las cuestiones más divertidas de nuestra vida intelectual. El rigor, como la probidad intelectual, como el comportamiento ético, exigen un entorno adecuado y hasta hace muy poco tal ambiente estaba fuera de las coordenadas de la sociedad española y por tanto de la universidad española, donde las oposiciones eran, por principio, una prueba de falta de rigor, de ausencia de probidad intelectual y un ejercicio de ética mafioso, es decir, de familia. Como hace años que no la sigo con la atención de antaño, doy por suponer que eso ya no ocurre hoy.

La coincidencia de la escasa tradición liberal universitaria con el bloqueo que supuso el final de la guerra civil, sumado al nacionalcatolicismo como ideología, convirtió a la universidad española de la primera posguerra en una institución tan neta y rotundamente totalitaria como cualquier otra institución de un estado totalitario. Nadie que no aceptara públicamente el nacionalcatolicismo tenía posibilidad alguna de permanecer en el ámbito académico. No bastaba con ser católico, era necesario ser nacionalcatólico. El caso de Julián Marías es paradigmático.

Los diecisiete años de hegemonía nacionalcatólica (¡diecisiete, que se dice pronto!, dos más, por cierto, de lo que Ortega consideraba una generación) que cubren el período 1939 a 1956, dieron paso tras la primera gran crisis del magma nacionalcatólico a una situación diferente. La cultura española en general y la universidad en particular, fueron superando la autarquía y el mundo de los diecisiete primeros años quedó atrás. La oxigenación de la cultura española a partir de entonces y muy especialmente la apertura y el intercambio académico favorecieron unos procesos, en ocasiones fulminantes, de reconversiones ideológicas. Ni los propios protagonistas podían creer de dónde habían partido.

La universidad fue creando un agujero negro, unos años oscuros en los que no cabía entrar, ni era posible, sin la venia de aquellos mismos catedráticos cuya reconversión era menester estudiar. Esto, entre otras cosas, lastró de manera terminante el estudio del nacionalcatolicismo. Incluso en fechas tan recientes como 1988, el simposio organizado por la universidad de Zaragoza sobre la universidad durante el franquismo mostraba, a pesar de las buenas intenciones, los límites que tenía la universidad como institución para revisar su comportamiento con pelos y señales. La lectura de las ponencias evidencia que en el mundo universitario español y mientras el procedimiento de ascenso en el cuerpo profesoral sea la cooptación bajo forma de oposiciones a cátedra, aquello que se denomina rigor académico tenía que ver más con el *rigor mortis* que con la seriedad profesional.

Sirva este largo exordio a modo de *laudatio academica* e introducción a las sugerencias que han nacido de la lectura atenta de los textos que preceden. No sé por qué extraña razón nuestras discusiones intelectuales, las escritas, tienen siempre el aire de conchabeo; como si cada uno tratara de hacerle un favor al otro, en espera de que le toque a él el turno de que se lo hagan. No es éste el caso, entre otras cosas porque mi ausencia del mundo académico es absoluta y porque el tono del debate me parece el adecuado. No puedo menos que agradecer la sinceridad y en algunos casos la ira con la que están expuestos los argumentos. Eso de *sine ira et studio* siempre me pareció un procedimiento que escondía razones espurias. ¿Desde cuándo se puede buscar la verdad con pachorra franciscana? Somos hijos de Marx y de Nietzsche, e incluso algunos se dicen herederos de Wittgenstein el provocador. ¿A qué viene ahora ponernos los manteos de la moderación?

Llama la atención que prácticamente todos los textos coinciden en señalar lo inadecuado del lenguaje del libro sobre el maestro y el erial. Y cabe preguntarse, ¿qué es el lenguaje en una reflexión? Una herramienta que sirve para describir, analizar o desentrañar. Pero una deformación de nuestro mundo académico, que tiene que ver con la necesaria castración intelectual a que obliga el paso por un tribunal de oposiciones, ha llevado a pensar que analizar es comprender. Y no es verdad, o no es necesariamente verdad. Analizar es analizar y comprender es comprender; incluso entender las cosas. Y yo, la verdad, hablando en primera persona del singular, no entiendo ni puedo comprender el nacionalcatolicismo. Ahora bien, puedo analizarlo, describirlo y hasta desentrañarlo.

De menor a mayor. Las cuatro objeciones del profesor Garrido no dejan de tener su importancia. La primera, una somera reflexión, no se si irónica, sobre el sueldo universitario que cobraba Ortega sin necesidad de ir ni a clase. “Un honesto padre de familia difícilmente podía permitirse el lujo de renunciar a él”. Cierto. Pero la cuestión no está en renunciar o no renunciar, la cuestión está en que todos, empezando por él mismo y su propia familia, die-

ron siempre por evidente que por razones éticas y de desacuerdo político con el régimen imperante, don José Ortega y Gasset no volvió a pisar la universidad del franquismo. Si era así, el gesto tenía su precio y su rédito; la figura de Ortega quedaba incólume y sus adversarios corridos. Pero si el franquismo le concedía el privilegio de cobrar subterráneamente, es decir, con discreción de pago oculto, sin necesidad de pisar la universidad, había de tener sus contrapartidas. A menos que el estado, cualquier estado, sea estúpido y es sabido que no lo son nunca, al menos en el trato con particulares.

El silencio de Ortega sobre este punto, así como el ocultamiento cuando no las mentiras de los orteguianos al respecto (me consta que la mayoría no tenían ni idea), son una prueba clamorosa de que ese Estado tenía a don José bien agarrado. No se trata de lo que Orringer denomina despectivamente “venderse por un plato de lentejas”. En primer lugar se trataría de lentejas con jamón, y en segundo, es llamativo el cuidado que adoptaron las dos partes para tenerlo oculto, e incluso negarlo, durante tantos, tantos años. Y esto me permite decir, algo que no quise escribir en el libro, pero que es de obligada consecuencia: la creación, el desarrollo y hasta el final del Instituto de Humanidades es inseparable de este chantaje, nada moral y muy fáctico, que el régimen sometía permanentemente a las debilitadas finanzas del maestro. Pero, señores, ¿hay algo más patético que el primer pensador de nuestra historia se vea obligado a aceptar de tapadillo un salario del estado porque no puede vivir de otra cosa?

La segunda objeción de Garrido se refiere al juicio extremadamente negativo que me merece el giro derechista del último Ortega. Es posible, pero si lo es no se produce tanto por el giro en sí sino por algo que ya está implícito en la anterior explicación a propósito del salario de catedrático. Me explico: lo reprochable no es la realidad sino la actitud con la que Ortega afronta esa realidad. Es un intelectual, y ninguna otra cosa fuera de un intelectual. Y un intelectual, más aún que cualquier otra persona, puede adoptar y asumir las posiciones intelectuales que su albedrío consienta. Pero ha de asumirlas. Lo irritante, y poco honorable, de don José Ortega y Gasset es su duplicidad, su engaño, su doblez. En la segunda mitad del siglo y desde una posición de relativa comodidad y prestigio, nada hace a las claras. Oculta la parte más relevante de su pensamiento y buena parte de su pensamiento se dedica al ocultamiento. No tiene nada de reprochable la reflexión política de Ortega; no hay por otra parte reflexión política que en sí sea reprochable —estoy hablando en términos intelectuales—, si es asumida.

El encuentro con Heidegger en Darmstadt —tercera objeción— fue simple coincidencia mas que “solemne torneo”. Hay mucho de irónico sarcasmo en el relato que ofrece el libro de los encuentros entre Ortega y Heidegger, entre otras cosas porque para los orteguianos parecía haber llegado el momento de la verdad y al final resultó un fiasco como pelea histórica. Pero tampoco es-

timo que pueda limitarse a señalarlo como una “simple coincidencia” como escribe Garrido. En 1951, cuando se encuentran por primera vez, sus destinos vuelven a cruzarse y de nuevo en sentido inverso. Si en 1928-1929, cuando Ortega recibe noticia de *Ser y Tiempo*, detecta que una nueva estrella brilla con una luz propia y más fuerte que la suya en un campo que pensaba era de su dominio, en ese momento algo hay en Ortega que siente el peso de una derrota que él juzga provisional. (El texto de Ciriaco Morón dice cosas mucho más determinantes aun que las mías.) De ahí su insistencia permanente, como un bordón, señalando que él había dicho antes que Heidegger todo lo que había que decir y mejor que él. En este encuentro de 1951 ya es consciente de su derrota; las palabras públicas en su honor, los gestos que le prodiga, tan poco orteguianos en la falta de cautela y en el exhibicionismo proheideggeriano que despliega. Ortega esta agotado y en pleno deterioro como intelectual europeo, y Heidegger sale del ostracismo y la derrota para recuperarse con esa ausencia de sentido de la realidad que le caracterizaba: como si no hubiera pasado nada.

Coincido con la cuarta objeción, que no es tal, según la cual el libro, conforme un lector paciente se adentra en la segunda parte detecta “la comprensión y hasta la admiración por la figura de Ortega”. Exacto. Tan cierto que tengo la impresión, teñida en ocasiones de malévolgo gozo, de que muchos objetores no han pasado de las primeras doscientas páginas. Llevo mucho tiempo advirtiendo que cada vez más, por razones de diverso tipo, las gentes no se terminan los libros, por no decir que sólo los empiezan, y esto acaba siendo una desolación intelectual para autores y lectores. Pero las cosas son como son y siempre cabe el reproche de que si un lector no llega al final una parte de la culpa corresponde a la torpeza del autor que no se lo ha facilitado.

Hay una quinta objeción, no numerada como tal, pero que considero de importancia. Garrido señala la incorrección en la descripción de la figura del hoy olvidado Gómez Arboleya como un converso al nacionalcatolicismo imperante. Tiene trascendencia porque ese apunte crítico de Garrido, quien probablemente conoció a Gómez Arboleya, coincide con apreciaciones similares del crítico Juaristo quien dice lo mismo a propósito de su maestro Antonio Tovar, y coincide con el reproche del historiador Antonio Elorza a propósito de su antaño mentor Díez del Corral. Otros se han referido a sus profesores de adolescencia Aranguren: Tierno Galván, Valverde, etc.

Aquí esta el secreto del agujero negro. Desde mediados de los años cincuenta nuestros “maestros”, más por únicos que por maestros, son irrecognocibles. Baste decir que dispongo en el caso de Gómez Arboleya de una puntillosa relación de fiestas sagradas y congresos marianos a los que asistió como ponente. Luego sus apostólicos, más que académicos, estudios sobre el Padre Suárez y la escolástica. Era en los primeros años cuarenta hombre de misa y figura en cuantos ejercicios espirituales celebraban los católicos

falangistas, en Madrid o en Ávila. ¿Es eso un laico orteguiano? Otra cosa es que a partir de los años cincuenta Gómez Arboleya volviera a comportarse públicamente como el laico orteguiano que quiso ser y que no pudo manifestar “durante el dantesco infierno de los cuarenta”, según expresión del propio Garrido. Esto, con matices diferenciales, es válido para buena parte de los citados.

Debemos a Nelson Orringer textos fundamentales para entender a Ortega. Tengo para mí que Nelson Orringer no conoció personalmente a don José y eso nos ayudó a todos nosotros a saber más de Ortega gracias a Nelson Orringer. Me temo que Nelson Orringer sí conoce a Laín Entralgo y eso no nos ayuda nada a entender el pensamiento de Laín Entralgo. A veces he tenido la tentación de dividir el mundo de los hispanistas en cándidos y perversos, y una pequeña franja de mixtos. Ser una buena persona y un amigo leal facilita mucho la salud, la vida social y hasta el buen carácter, pero no ayuda nada en el campo del pensamiento, la reflexión y menos aún la reconstrucción histórica de épocas tan siniestras como las de nuestro inmediato pasado.

Respecto de las apreciaciones de Orringer, que no comparto, son legítimas. Su valoración sobre el susodicho Laín Entralgo y su trascendencia no es la mía, al menos en la parte de la obra de Laín que yo he estudiado y que termina en 1955. Las injusticias que cometo con Zubiri no me parecen tales. Sobre el libro acerca del último Ortega de Morón Arroyo, un caballero en estos tiempos tan poco dados al género, con el que apenas si comparto nada que no sea la dignidad de la gente que puede discutir sin insultar ni manipular los debates de ideas, tengo que decir que no me parece un clásico, sino nada más que un libro. No tengo ningún encono hacia el profesor Cerezo a quien no creo conocer salvo por su irritante libro sobre Ortega, que tampoco es precisamente un clásico sino una ramplonería académica; cosa que a fuer de precisos no es precisamente el de Morón.

Estimo que el texto de Ciriaco Morón (es curioso que el apellido Morón esté ligado a los trabajos sobre Ortega, porque otro Morón, en este caso el venezolano Guillermo Morón publicó en 1960 un trabajo frágil pero durísimo sobre el maestro) ofrece una objeción global al método, el estilo, y las conclusiones. Partimos de dos concepciones del mundo, o dos visiones, radicalmente diferentes. Unas posiciones que están en el extremo opuesto de las mías y que al ser concepciones del mundo y de sus cosas no son rebatibles sino discutibles.

De todos modos convendría que revisara con rigor intelectual algunas de las afirmaciones que hace en su texto, como la de que una prueba de que en la España nacionalcatólica había “intersticios por los que se colaban los izquierdistas y agnósticos” es que Tierno Galván fuera funcionario del estado desde 1944 y catedrático en Murcia desde 1948. Me temo que a la sazón el profesor Tierno no era izquierdista ni agnóstico; desconozco si lo era en el

páramo de su conciencia, dicho sea sin ánimo de ofender; toda conciencia es un páramo porque está sóla. Por supuesto considero que Julián Marías fue injustamente tratado y que no hay comparación posible entre él y los inquisidores que le cerraron el camino académico, pero de ahí a considerarle capital en “la educación de los españoles para la veracidad, el pensamiento riguroso y la convivencia” va un trecho que yo no me atrevería a recorrer.

De todas formas Ciriaco Morón, profesor de la Universidad de Cornell, hace dos afirmaciones que tratándose de alguien que para Nelson Orringer, profesor en la Universidad de Connecticut, alcanza la categoría de “clásico” en los estudios orteguianos, me llenan de estupor. Don José se quedaría al leerlas literalmente traspuesto: “Yo soy un apóstol de Ortega y llevo en mis labios frases orteguianas apropiadas para las mas variadas situaciones”. La otra excusa de cualquier comentario: “la larga marcha que culminó en la transición de 1975 no comenzó en 1956, como sostiene Morán, sino en 1940 con la revista *Escorial* de Ridruejo y Laín. Su catolicismo les obligaba a frenar el ideal totalitario de la educación de acuerdo con la doctrina de la Iglesia”.

*C/ Pelayo 28  
E-08001 Barcelona*